

LA DISCIPLINA Y EL VALOR, Y SUS OPUESTOS DELICTIVOS (*)

(ESBOZO DE UNA PSICOLOGIA MILITAR)

por Federico CASTEJON

Magistrado del Tribunal Supremo
y Catedrático de Derecho Penal

Es el Ejército no sólo una agrupación de hombres uniformados, no una máquina, no un brazo armado de la Nación; es algo más: es una colectividad con vida y, sobre todo, con alma propia.

Desde que SCHAFFLE demostró que el organismo social tiene una vida, tiene una estructura, y desde que GIERKE, con su teoría organicista, mostró que cuando los hombres se reúnen no son un simple conglomerado de voluntades individuales, sino que, por encima de ellos y sobre todos ellos, domina una voluntad colectiva,

(*) Vuelvo, al cabo de los años, sobre un tema que constituye un recuerdo de mi corta vida marcial, cuando como abogado civil fui nombrado Teniente Auditor interino en la vacante del entonces Teniente Auditor y hoy Consejeroogado, General Acedo Colunga, que comenzaba su curso de piloto aéreo. Por aquellos tiempos —concretamente el 25 de noviembre de 1921, en sesión celebrada en el Casino Militar de Sevilla y bajo la presidencia de S. A. R. el Serenísimo Señor Don Carlos de Borbón-Sicilia, Capitán General de la II Región, y presentado por el entonces presidente del Casino Militar, Teniente Coronel de Infantería D. Francisco Valiente y Arriete—, pronuncié una Conferencia cuyo título y esencia exhumo hoy para ofrecerlo a los lectores de la REVISTA.

No necesito resaltar que en toda mi exposición domina la preocupación del criminalista. Como dice MANZINI, para el cultivador de las ciencias penales toda la vida se concentra en el microbio de la delincuencia.

se dedicaron los autores a investigar dondequiera que aparecía un atisbo de organización, el nudo, la medula, lo esencial que detrás del carácter externo se ocultaba. Voy a intentar —y ciertamente la empresa es muy superior a mis fuerzas— ver si en el Ejército se encuentra ese alma que yo he querido percibir.

Hasta en las cárceles, que son las sepulturas sociales, se ha encontrado un alma, y Lombroso, en un bello libro que se titula *Palimpsestos de las cárceles*, ha hecho notar cómo la vida, no obstante hallarse encerrada, sujeta bajo llaves y cadenas, aparecía victoriosa por encima de la uniformidad y del encadenamiento y se iba manifestando en palabras, en escritos, en dibujos, a lo largo de los muros, sobre papeles y hasta en los mismos cantari-llos que sirven para contener el agua de los reclusos. Precisamente ha recogido algunos palimpsestos muy notables, hechos, como es natural, por presos relativos al Ejército. Hay muchos que dicen: “¡Viva el Ejército!”; otros dicen: “¡Viva la clase de... mil ochocientos ochenta y tantos!”, por ejemplo, que viene a significar: “¡Viva la quinta de tal año!”. Algunos manifiestan su predilección por un Arma, y dicen: “La Caballería es la más bella de las Armas”. Otros no se contentan con esto, sino que quieren lanzar una diatriba contra otros Cuerpos, y les dicen: “¡Tenéis vosotros yelmo, fantoches!”.

Y así continúa con una serie notable de palimpsestos, demostrando cómo la vida de la cárcel dirige su mirada, aun encerrada entre muros, a la vida libre del Ejército.

Si esto se ha podido demostrar respecto a un sitio donde los hombres van sin voluntad, ¿qué no se podrá demostrar respecto al Ejército donde lo más florido, lo más granado, entra por vocación decidida, por impulso libérrimo de su voluntad?

Yo me voy a limitar a dos de las características esenciales de la psiquis marcial: el elemento cohesivo, la disciplina; y el elemento específico, el valor.

La disciplina —no cometeré la avilantez de definirla— ha existido en todos los países: La falange griega, la legión romana, las huestes y cabalgadas medievales, los Tercios del Renacimiento, las milicias suizas, los Ejércitos permanentes de hoy...

Los griegos conocieron la cadencia del paso, el silencio en la fila, el orden en la evolución, el respeto al superior. Asegura PLA-

tón que la decadencia de la falange y el relajamiento de la disciplina coincidieron con la desaparición de la danza pírrica del Ejército, que era un estudio esencial de táctica.

Pero rigor y severidad como el que desplegaron los romanos para mantener la disciplina de las legiones no se recuerda. Precisamente la Historia ha conservado memoria de la Legión de Campania, condenada a morir en número de cincuenta hombres cada día los cuatro mil de que estaba compuesta, sólo porque asaltaron la ciudad de Reggio sin haber recibido la orden; y se les condenó no a la muerte, que los militares la desafían día tras día y saben lo que vale la vida, precisamente porque la desprecian, sino a la privación de sepultura marcial.

En España, cuando los campesinos leoneses guiando "el tardo buey con el fecundo arado" se hallan un ladrillo con las iniciales de la Legio Septima Gemina Pia Felice, cuyo asiento militar dió vida a León, saben que allí, revueltas con la tierra, se hallan las cenizas de un bravo defensor del poder de Roma. Dondequiera que moría un legionario era enterrado su cadáver juntamente con el ladrillo que llevaba las iniciales de la Legión. Los de la Legión de Campania fueron condenados a ser enterrados fuera del campo y sin las iniciales de la Legión a que pertenecían.

Otra legión célebre se arrodilló ante el César y solicitó los más duros castigos con tal de verse libres del calificativo de "Quirites", esto es, paisanos, con que el César les motejaba, en vez de llamarles "Milites", que era su nombre profesional.

¡Los Tercios! Los Tercios son el renacimiento de la disciplina. En nuestra Patria tanto se mantuvo el valor del Tercio como unidad combatiente por su prestigio como por la necesidad en que España se veía de sostener dilatadas colonias, valiéndose de un esfuerzo sin ejemplo. Juan de Timoneda refiere un hecho notable. Habiendo levantado bandera para alistar voluntarios en el Tercio, un Capitán halló que acudieron tantos que hubo necesidad de licenciar a muchos, y un joven, presentándose al Capitán, le dijo:

—Con licencia, señor Capitán, ¿puedo saber por qué se me desecha?

El Capitán le dijo:

—No tienes barba.

Volvió a interrogar el mozo:

—Con licencia, señor. ¿cuánta barba se necesita para pertenecer a la bandera?

—Tanta cuanto se pueda mantener un peine en ella.

Y aquel bravo soldado sacó un peine, lo hincó en su mejilla y súbitamente se adornó de una gran barba roja. El Capitán, dice Juan de Timoneda, ganado por aquella proeza tan hazañosa, no sólo le tomó de soldado, más hízole su Sargento.

Contribuía también a mantener la disciplina el modo como se sometían a ella las personas más altas de la jerarquía militar. El mismo Emperador Carlos V, hallándose en Túnez, volvió a la fila, porque el Marqués de Bastos, General Jefe, así se lo ordenó; y otra vez, por hacer cortesía al veterano Antonio de Leyva, tomó un arcabuz y dijo: "Apuntad, señor Comisario, que Carlos de Gante pasa muestra como soldado de la Compañía de Antonio de Leyva."

Pero hoy que hemos llegado al estado de la Nación armada, han desaparecido todos los castigos crueles, que antes eran precisos para mantener la disciplina. Ha contribuído a ello, en gran modo, la educación popular: ha contribuído también en no escasa medida las resultantes de las cualidades del mando. Pero, sobre todo, lo que hoy hace mantener la disciplina de una manera inquebrantable es el imperio de la justicia. Cuando el sol de la justicia sale para iluminar a todos, y desde el último español, nacido en la esfera más modesta, hasta el más elevado, sienten que la justicia para ellos alumbrá, cuando el imperio de la Ley para todos es igual, entonces la disciplina, por fuerte que sea, parece carga suave que todos los hombres, aun los menos esforzados, pueden soportar.

Frente a la disciplina surge la negación de la disciplina: la insubordinación; y el criminalista que se ve frente de este hecho no puede contentarse con observar manifestaciones externas; necesita, por las oscuras vías de los sentidos, llegar hasta el cerebro y allí encontrar el punto inicial de la acción insubordinadora. Es necesario, ante todo, distinguir en los insubordinados el hombre sano del hombre alterado mentalmente.

En el hombre sano que conoce sus deberes, que se da cuenta de la responsabilidad que contrae, que tiene exacta idea de la pena que se le ha de imponer por consecuencia de la insubordinación, no se puede hallar otro motivo que le impulse al delito, sino el deseo de protestar contra la injusticia. El insubordinado halla que,

por acción o por omisión, por exceso o por defecto, una persona que tiene más autoridad que él ha cometido una injusticia, y protesta; y entonces el criminalista asegura que el remedio de la insubordinación se encuentra, más que en castigar al insubordinado, en evitar la injusticia que dió motivo a su protesta, a su actividad de rebeldía.

Pero cuando, como sucede en la mayoría de los casos, se encuentra frente a una perturbación mental, el criminalista, y antes que él el médico, dictamina que la solución es separar de filas a la enorme plaga de degenerados, que ni son útiles para sí, ni para el Ejército, y por el ejemplo que dan a sus compañeros y porque, en último caso, tratándose de una máquina tan complicada, de una precisión tan perfecta como es la máquina marcial, el más pequeño entorpecimiento puede determinar una catástrofe.

Quiero recordar un caso típico a este efecto, tan típico que entre los criminalistas ha tomado nombre del apellido del que dió motivo al estudio.

La tarde del 13 de noviembre de 1884, día de Pascua en el Cuartel de Pizzofalcone, en Nápoles, se encontraban algunos soldados del Regimiento décimonoveno. Había algunos calabreses, otros piamonteses; entre los calabreses se encontraba Misdea de Girifalco. Bromearon entre ellos sobre cuestiones regionales, y Misdea, dirigiéndose a Codara, piamontés, y dándole en el pecho, le dijo: "Tal como te doy satisfacción a ti estoy dispuesto a dársela a todos éstos." Codara le dió una bofetada. Quiso Misdea hacer uso del sable, pero se le detuvo, y entonces, a grandes voces, le dijo: "¡Guarda Codara, que esta noche te corto la cabeza!". Los separaron y continuó el grupo de calabreses y piamonteses en el patio del Cuartel su conversación. A poco se sintió una explosión, seguida de otras varias. Misdea, desde una ventana, estaba disparando contra los que se hallaban en el patio. Disparó 52 tiros, mató a siete personas e hirió a trece. En medio del estrago, conservaba Misdea un claro raciocinio. A uno que se había quedado en el patio temblando y sin saber qué hacer le dijo: "No te tiro, tú eres calabrés". A otro le gritó: "Tampoco a ti te mato; tú eres conscripto". Cuando se le detuvo dijo uno de los suboficiales que había que ponerle una camisa de fuerza, y él contestó: "No; eso se le pone a los locos y a los borrachos; yo no soy ni una cosa ni otra."

Y, efectivamente, Misdea conservó lucidez durante el tiempo del proceso y en la capilla.

Escribió unos versos que yo he intentado traducir:

Nací infeliz en el mundo y así quedé
Siempre infeliz y desventurado fui.
No tuve día de alegría nunca.
Ahora terminarán mis desdichas.

Llegó al extremo de que cuando se le conducía a Bagnoli, al fusilamiento, en el mismo carro, haciendo alarde de gentileza, quiso apagar el cigarro, temiendo que el humo molestase al capellán que se aprestaba a darle los últimos auxilios.

He aquí un hombre que no debía haber entrado en el Ejército. Nosotros hemos tenido un caso semejante. Por cierto que sólo sirvió para que la prensa política, relacionándolo con el discurso de un personaje célebre, hiciera unas cuantas frases humorísticas: el guardia civil de Málaga.

Recuerdo otro tipo que se podría llamar, como lo designaba el sabio profesor OTTOLENGHI, caso de anarquismo nato.

Un grupo de estudiantes de la Universidad de Roma íbamos en expedición especial al Manicomio criminal de Aversa, cerca de Nápoles, y el primer tipo que se nos presentó a estudio fué un hombre que exteriormente no presentaba anomalía alguna, hasta el extremo que nos dirigió una salutación en verso escrita por él, y posteriormente, no contento con los versos, un pequeño discurso. Este individuo, después de haber rodado por innumerables cárceles, había sido enviado al Manicomio criminal. Estaba acusado de diecinueve atentados a la autoridad, casi todos ellos cometidos por asuntos ajenos a su persona. Dondequiera que veía un agente de la autoridad cumpliendo un cometido de su cargo, deteniendo a una persona, ejecutando un acto de justicia ordenado, él encontraba medio de entablar discusión con el agente y terminaba golpeándole o hiriéndole; al final se le llevó al manicomio. Era un individuo que fuera del tema, o sea, la discusión con la autoridad, razonaba perfectamente; tenía gran cultura; pero cuando llegaba a la idea fija, aquel hombre no podía reaccionar, caía en el delirio y cometía el delito.

Puede suponerse el terrible ejemplo que un hombre de esta cla-

se, que hubiera podido deslizarse entre las mallas del reconocimiento médico, causaría en la disciplina de un cuartel.

Hay un grupo de enfermedades mentales muy importantes respecto al ejercicio de la vida militar: las alteraciones mentales determinadas por la guerra, que se han estudiado, entre las que se llaman psiconeurosis bélicas.

No voy a citar más que algunos ejemplos.

FLEILING nos da el caso de un soldado, que enterrado a consecuencia de la explosión de una granada, fué extraído ileso; pero la emoción determinó en él una amnesia total, un olvido absoluto de su personalidad.

Entre el hombre anterior a la explosión y el posterior al desenterramiento había un abismo: no se reconocía como la misma persona.

De los datos que yo tengo reunidos, por interesarme estas cuestiones, extraídos de las crónicas de los corresponsales de guerra, conservo dos muy notables. Uno, de un soldado inglés, loco a consecuencia del pánico. Caído en el hoyo producido por una explosión de una granada, sus compañeros, durante algunos días, le conservaron la vida arrojándole alimentos. Quisieron salvarle y le lanzaron una cuerda, pero cuando ésta llegaba a tocar su cuerpo, el pobre soldado reía y no se cogía a lo que debía ser su salvación.

El otro es de un soldado francés. Aniquilada su sección por la explosión de un torpedo aéreo, uno de los supervivientes fué acometido de un temblor inusitado. El Coronel, que seguía impávido paseando por la trinchera, le dijo: "¿Por qué tiembles? Supongo que no será por la explosión. ¡Ah!; tiembles porque estás delante de tu Coronel. Tú eres un buen soldado." Y siguió su paseo.

¿Qué remedio cabe para que los trastornos mentales que se padecen al ingresar en la vida militar no sean una causa de perturbación de la disciplina y de dolor para el individuo a quien se somete a un régimen, a un medio de vida que no es apto para sufrir? No hay otro que el reconocimiento por especialistas psiquiatras militares.

Se ha creído hasta ahora que la potencialidad biológica deducida de la gran talla exigida por Pirro, o de la agilidad del cuerpo que pedía César, o de una determinada estatura, como sucede hoy en casi todas las naciones, en las que se señala diez centímetros

menos que la estatuta media del país, era suficiente para que el Ejército se viese libre de perturbados. No hay tal; ni aunque se lograse por procedimientos que hoy escapan a los medios científicos medir la cantidad de honor y prudencia que Fabricio Colonna exigía para sus soldados, se lograría lo que fácilmente un médico especializado puede descubrir, si no a primera vista, inmediatamente después de algunas observaciones.

Vamos a hablar del elemento característico del Ejército: el valor. Característico no quiere decir exclusivo; pero así como en otras profesiones personas no adornadas de valor pueden cumplir sus deberes sin dificultad, y hasta ser excelentes funcionarios, en el Ejército es condición *sine qua non* la de ser valeroso. Y ¿qué es valor? El valor es una cualidad antinatural. Lo lógico, lo corriente, lo que enseña la naturaleza a todos los hombres, es el instinto de conservación; y el valor significa todo lo contrario. Es la exposición, es el riesgo, es el desafío del peligro, es el desprecio a la muerte, es el poco amor a la vida; y en esa lucha que se entabla entre el instinto de conservación, que ordena huir, y el valor, que manda quedar, la resultante es el triunfo, es la afirmación del deber militar.

Consta el valor, como enseñaba CLAUSEWITZ, de dos elementos: uno de indiferencia, de estoicismo, que es la serenidad ante el peligro: lueven las balas y queda impávido el militar arrostrando la muerte. Es el caso narrado por DUMAS en *El Arca de Plata*, el hombre a quien aquel experto cirujano extirpó el corazón, y desde entonces no volvió a sentir emoción alguna, ni buena ni mala. El otro elemento de valor es la audacia, es el entusiasmo. El entusiasmo, según DIEGO RUIZ en su filosofía, es el nudo, la medula de la raza española. Y el buen General necesita, donde encuentra unas tropas de choque, un elemento combatiente, audaz, desarrollar la cualidad opuesta, la templanza, la serenidad; en cambio, si se halla con una tropa incapaz de aguantar los mayores riesgos, necesita influir por sugestión —porque el alma humana siempre es femenina— la audacia y el valor para lanzarla a empresas temerarias. Así, Aníbal, con tropas audaces en Trebia y Cannas, las convierte en estoicas, en impasibles, sosteniéndolas durante dos años ante los muros de Roma y manteniéndolas en la Campania y en los Abruzos, que estaban bajo su poder, no obstante hallarse

separado de su país y no recibir de su patria apoyo moral o material alguno.

Es la guerra lo inesperado; vencen en ella una serie de circunstancias fortuitas, que se ha venido a llamar el corazón. DRAGOMIROV enseñaba que antes que las piernas y los brazos y las armas lo que triunfa en las batallas son los corazones. Y NIETZSCHE decía que el mudo, el ciego y el borracho no tienen corazón, aunque realicen acciones temerarias: "Lo que yo llamo corazón es conocer el miedo y dominarlo, ver el abismo con ojos de águila, caer en el abismo y sujetarse a él con garras de águila. ¡Eso digo yo que es corazón!".

¿Y por qué se estiman unas profesiones más que otras? Porque en ellas domina el corazón. RUSKIN presentaba la antinomia entre la profesión de comerciante y la de militar, y decía: "¿Por qué se aprecia más la una que la otra?". Y llegaba a la conclusión de que el oficio del militar no es matar, porque en ese caso algunas profesiones que tienen como fin el matar deberían ser estimadas, y no lo son (por ejemplo, los que se dedican a sacrificar animales). ¿Por qué se estima más al militar? Porque su oficio no es matar, sino saber morir. Y precisamente en saber morir está la ciencia del corazón.

Frente al valor y al corazón está el miedo. El miedo es la más poderosa de las emociones —dice RIBOT—, porque en el miedo actúa la Naturaleza, auxiliada por una educación de siglos.

A los niños griegos se les asustaba con las Lamias y las Furias, que les chuparían la sangre. A los romanos se les presentaba como imagen espantable un Mercurio, pintado de negro, que vendría de noche a robarlos. Después es innumerable la serie de endriagos, fantasmas, duendes y almas en pena con que la Humanidad ha ido deformando el corazón de la infancia.

Han estudiado el miedo maravillosamente HARTENBERG, MELLI-NAND y, sobre todo, MOSSO, el sabio profesor de la Universidad de Turín. Se compone el miedo de dos clases de alteraciones. Una alteración funcional: del aparato circulatorio, del respiratorio, etcétera. Se nota en el miedo un estrechamiento de garganta que produce la afonía y, a veces, la afasia; la sequedad de la boca es inconfundible. Me preció de aprender de toda clase de personas, y uno de los maestros que yo he tenido para conocer la práctica penitenciaria española ha sido el Rubito, jugador de oficio, conde-

nado por lesiones y expenado de la cárcel de Burgos. Y de él aprendí que entre los valientes se estima en mucho, en una ocasión apurada, de riesgo profesional, "escupir de salvilla". Ellos no tienen idea de la sequedad de la garganta producida por el miedo, pero saben que cuando se puede escupir no se siente miedo. Y me decía mi "apreciable maestro expenado" que todos los toreros, cuando se disponen en la plaza a comenzar el paseo, intentan escupir y no lo consiguen. Únicamente EDUARDO BLASCO logró comprobar que El Espartero escupía y lanzaba saliva.

Aparte de todas estas alteraciones que llegan al temblor periférico, a la "carne de gallina"... , hay otras alteraciones internas y correspondientes a ellas: son las alteraciones de la conciencia.

El General Burguete recuerda que uno de sus bravos tiradores en Cuba sufrió tal obsesión, por consecuencia de una situación peligrosísima, que cuando se presentó la Caballería española a salvarle del aprieto, él afirmaba que la Caballería había pasado inadvertida: esto es, que la Caballería provenía del campo contrario, y no del campo español contra los insurrectos. Por eso afirma el General que no es posible entenderse con las gentes que no han tenido miedo, porque el valor consiste en conocer el miedo, en sentirlo y en dominarlo.

El miedo produce una disminución de energías tan extraordinaria que se llega al extremo de morir de miedo. Cuenta Mosso que en el campo de batalla muchos soldados se salvaron por la energía con que, a pesar de heridas graves, deseaban cuanto antes recuperar la salud para volver a la liza, y otros, sólo por verse correr sangre, caían desvanecidos; y un médico notable gritaba, intentando reanimarlos: "¡Los viles mueren de miedo!", y no lo conseguía. Efectivamente, aquellos viles merecían la muerte.

En nuestras leyes se ha procurado castigar el miedo con penas severísimas, que en la época fueron aún más severas en el Código de Justicia Militar que en el Código Penal de la Marina de Guerra. Desde muy antiguo (recordemos el Fuero de Teruel de 1126) se viene castigando el miedo. Entonces se dijo que miedo era esconderse en las batallas, el huir de ellas, el no acudir en socorro de compañeros comprometidos. Pero el miedo, más que con penas severas, como se vence es con educación.

Si tratamos de entablar una lucha con un instinto y en la lucha obtener el éxito, por muy severa que sea la pena con que se

intente dominar el instinto, no se conseguirá. Nosotros podemos tener un valor extraordinario para una determinada cosa, y, sin embargo, hallarnos desprovistos de toda energía de alma para otras. Yo podía dar fe de persona que me honra con su amistad, cuyo valor a toda prueba es indiscutible, y sin embargo no se atreve a bajar a una mina. Y es que la Naturaleza no se puede vencer por completo. ¿Por qué las tropas bisoñas no se llevan al combate desde el primer día, sino que, por una serie de fogueos y encuadradas por tropas veteranas, se las va habituando al silbar de las balas? Porque es necesario darles la educación. Con ésta es con la que se vence el miedo. Si alguno, a pesar de la educación, estuviese vencido antes que fuese vencedor del miedo, no podría seguir en el Ejército; ése no era un individuo normal, padecía una fobia, una de esas fobias tan maravillosamente descritas por CULLERRE en la forma de agorafobia, claustrofobia, etc., y llegaríamos al caso citado, como tipo de agorafobia, de un oficial que, a consecuencia de un trabajo excesivo, sufrió debilidad mental, y se le manifestó en forma de hórrores a los espacios descubiertos. Tenía que atravesar del cuartel a su casa una plaza oscura y algo amplia, poco frecuentada, y yendo de paisano no se atrevía. Cuando iba de militar él se sentía digno del uniforme que llevaba, y entonces tenía valor, pero de paisano necesitaba ser acompañado de personas, oír un ladrido, el paso de un coche, algo que le distrajera de su idea fija, y entonces sí tenía valor. CULLERRE le curó con duchas frías y un determinado régimen. Pero cuando la agorafobia no se puede vencer, entonces no hay otro remedio que apartar aquel individuo del Ejército, so pena de que nos hallemos ante una gota de agua que puede horadar el dique de la resistencia, y contagiados del miedo aquellos que son susceptibles de sentirlo, se produzcan esos movimientos estudiados por los psicólogos, que consisten en un pánico, en una fuga loca, en la estampida que traen consigo la caída del Ejército y la ruina de la Nación.

Como caso intermedio entre la disciplina y la cobardía está la deserción.

La deserción participa de los dos caracteres. Se sustrae el desertor al régimen y al mando del Ejército, al mismo tiempo que huye de un peligro que no le amenaza encerrado en su casa o huyendo por el campo. Lejos del Ejército, el desertor no se expone a los peligros del combate. Otra forma de deserción —o quizás del

valor, yo no me atrevo en estos momentos a definirlo— es el suicidio militar.

De la deserción hay un caso curioso estudiado por el profesor de enfermedades mentales de la Universidad de Burdeos, REGIS. Se trataba de un soldado voluntario del Regimiento 144 de línea, que fué condenado a cuatro años de prisión por deserción; en el espacio de seis meses escasos, realizó cinco fugas, descontando sesenta días que estuvo en calabozo y otro número también muy considerable de estancias que causó en un hospital. Este individuo no se dolía de las consecuencias de su delito militar. La única preocupación que tuvo durante el proceso fué acusarse de un delito que era imposible que hubiera cometido: de la muerte de un sacerdote que se comprobó había ocurrido el año 1886, en cuya fecha el desertor estaba interno en un colegio, en tanto que él afirmaba que fué cometido el año 1889. Esta acusación hizo sospechar de él, porque en Francia, especialmente en París, están prevenidos en las Prefecturas de Policía apenas sucede un crimen resonante, contra los individuos que acuden acusándose a sí mismos, por un afán monstruoso de notoriedad, de ser los autores del hecho. Conducido al hospital fué examinado por CHALLAN DE BELLVALL, en unión de REGIS, e inmediatamente en guardia, ambos profesores, por aquella autoacusación que ellos calificaron de delirante, estudiaron el caso y se hallaron ante un degenerado, con debilidad mental y accidentes histéricos. Se decretó su apartamiento del Ejército. Se trataba, como hemos referido, de un soldado voluntario. ¿Cómo es posible que un voluntario, si no es un perturbado mental, siente plaza con el propósito de realizar cinco fugas en seis meses y contraer una responsabilidad que no habiéndose enrolado no habría de sufrir?

Recuerdo haber visto hace años en el Manicomio Judicial del Puerto de Santa María un demente tendido en su camastro y abierta la puerta de su celda, de lo que me extrañé, y el director del hospital, que me acompañaba, me dijo que era el famoso Pedro París, del que yo no tenía noticia. Me explicó que no se fugaba ni aun salía de la celda, a pesar de tener la puerta constantemente abierta, porque afirmaba que vendrían a sacarle, ya que su proceso era nulo por haberse escrito con tinta azul. Me contó extensamente su caso: que era soldado en el Ejército de Africa, desertor frente al enemigo, condenado a muerte por el Consejo de Guerra y sal-

vado de la ejecución por la constancia y firmeza de los médicos militares en afirmar que se trataba de un demente, al que la fuga en dirección al enemigo era una manifestación de su enfermedad. Poco más tarde hablé con un anciano militar, al que referí el caso con la extrañeza que yo consideraba lógica ante el motivo de nulidad de aquel proceso, y mi amigo me contestó: "Pues ese loco tiene razón, porque hay una Real Orden antigua que prohíbe escribir los procesos militares con tinta azul."

Y para terminar haré una referencia a la guerra de Africa de 1860, relatada por D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN, en ese maravilloso libro *Diario de un testigo*.

Un Gobierno, ni mejor ni peor de los que en España ha habido, ordenaba la prosecución a ultranza de la guerra. Se había conquistado Tetuán. No había medios de que el Ejército continuase por tierras africanas hasta Tánger, pero los que desde Madrid se arrogaban la disposición de los destinos nacionales, ordenaron la continuación de las operaciones. Los periodistas que seguían la marcha del Ejército se dieron cuenta de que una campaña gloriosa se iba a trocar en un tremendo desastre, resolvieron volver a Madrid y decir la verdad, arrojando la impopularidad, porque la Nación, electrizada por el triunfo, creía que las victorias se podían obtener día tras día y seguir batiendo al ejército contrario. Solicitaron permiso del Capitán General para retornar a la Península y lo obtuvieron. Antes presenciaron la conferencia que tuvo O'Donnell con el Príncipe Muley el Abbas, cerca del Puente de Buceja, el 23 de febrero, con asistencia del Ministro de la Guerra, el Jetib. Por la intransigencia del Jetib, O'Donnell se levantó airadamente y se despidió, dando por terminada la entrevista.

—Siéntate —suplicó el Príncipe, reteniéndole.

O'Donnell se volvió a sentar.

—Tú lo deseas —añadió dirigiéndose al Califa— y yo me entenderé gustoso contigo, porque tú sabes lo que es la guerra, lo que son tus soldados y lo que son los de España.

—¡Ah! —exclamó, encarándose de nuevo con el Jetib—. Si tú hubieras sufrido y peleado como este heroico Príncipe, si tú le hubieras visto como yo, abandonado por sus tropas, tener que ensangrentarse en ellas para impedir su completa deserción; si tú le admiraras como yo le admiro a él y a todos sus generales, que se han batido muchas veces en el lugar de los soldados sin conse-

guir por eso ni una pasajera ventaja, serías tan prudente como él y no comprometerías tu nación en una nueva campaña.

O'Donell diciendo esto pensaba quizá muy distinta cosa de la que manifestaban sus palabras.

Hubo necesidad de que los periodistas se despidieran para marchar a Madrid. Estos eran D. Pedro Antonio de Alarcón, D. Carlos Navarro y D. Gaspar Núñez de Arce; y el General O'Donell les dijo, dispuesto a cumplir la orden de Madrid, que, inexorablemente, a rajatabla, mandaba continuar:

—Si me pierdo, señores, digan ustedes allá que me busquen en el desierto de Sahara.

Después los periodistas hablaron con el General Bustillo, Jefe de la Armada, en la fragata "Princesa de Asturias"; y éste decía:

—Nosotros calculamos perder la mitad de nuestra gente y dos terceras partes de nuestros barcos dentro de aquella bahía. (Se refería a la de Tánger.) Pero será muy adentro; y uno solo que quede de nosotros penetrará en Tánger con la bandera española en la mano. ¡El honor de la Marina la exige perecer!

Y continúa D. Pedro Antonio de Alarcón:

"Estas palabras del General Bustillo me han recordado aquellas otras de O'Donell:

—España ha vuelto a ser España. La raza de Cortés y de Gravina reaparece sobre la escena. Esto quiere decir que siempre tendremos grandes capitanes."